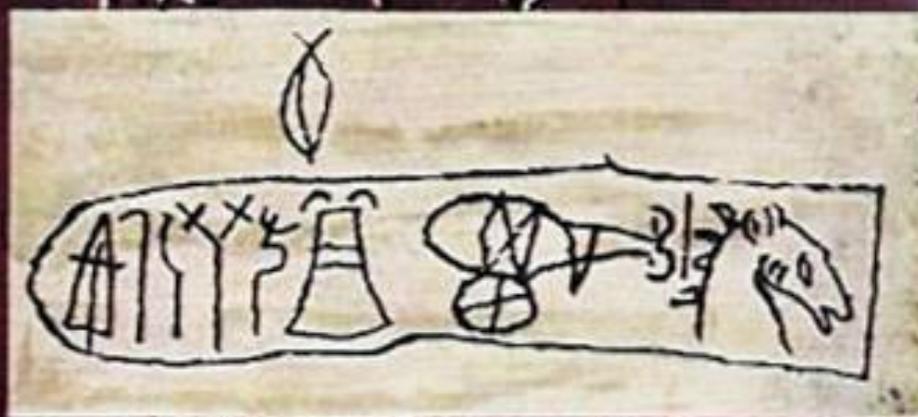


**John Chadwick**



# EL ENIGMA MICENICO



No hace cien años que surgió de las nieblas de lo desconocido la gran civilización minoica en la isla de Creta, con sus grandes palacios, que irradió desde allí a zonas de la Grecia continental.

Entre los restos de esta legendaria cultura aparecieron tablillas de madera o barro cocido con inscripciones en lo que pronto se advirtió ser dos lenguajes, los llamados Lineal A y Lineal B. De este último se han llegado a reunir varios millares con jeroglíficos en lo que se reconocen carros de guerra, cabezas de caballo, cerdos, espigas, etc. El joven arquitecto inglés Michael Ventris ha dedicado muchos años a descifrar este lenguaje, ininteligible antes de sus estudios.

La teoría de Ventris, continuada y explicada por Chadwick, ofrecía todas las garantías exigibles: lectura de frases enteras con sentido adecuado al que los ideogramas hacían esperar, coherencia gramatical y ortográfica, etc. Las investigaciones posteriores a la primera edición de esta obra, con el hallazgo de nuevas tablillas y las discusiones en torno a la validez del desciframiento, han venido a confirmar las tesis propuestas.

La lectura de la escritura Lineal B no interesa sólo a los lingüistas o los apasionados por los jeroglíficos. Arrojan luz sobre muchos aspectos de la cultura micénica e incluso sobre temas como el de los poemas homéricos, haciendo retroceder nuestros conocimientos de la lengua griega siete siglos más allá de las fechas conocidas.

# INDICE

## Prólogo

1. Michael Ventris
2. Las escrituras minoicas
3. Esperanzas y fracasos
4. El nacimiento de una teoría
5. Crecimiento y desarrollo
6. El desciframiento y la crítica
7. La vida en la Grecia micénica
8. Perspectivas

## Postscriptum

Apéndice: Transcripciones de tablillas micénicas

## PRÓLOGO

El desciframiento de la escritura Lineal B fue ya explicado por Michael Ventris en los dos primeros capítulos de nuestro libro común *Documents in Mycenaean Greek* (Cambridge University Press, 1956). En el presente libro se intenta dar a conocer el desciframiento a la generalidad de los lectores, y por ello se omiten muchos de los pormenores técnicos del libro citado; por otra parte se exponen aquí más detalladamente las etapas fundamentales, y se inserta gran parte de los supuestos poco conocidos del lector no especializado. Gracias a la amabilidad de Mrs. Ventris he podido hacer uso de cartas, notas y otros documentos de los archivos de Ventris. Mi propia carpeta de la correspondencia cruzada entre nosotros, a veces dos o tres cartas por semana, ha sido la fuente principal para la historia del tema que nos ocupa desde la primera revelación en 1952. Esto me ha permitido redondear la simple descripción incluyendo recuerdos personales y otros detalles, muchos de los cuales, a no ser por el trágico accidente de la muerte de Ventris, probablemente hubiesen permanecido inéditos. Su abrumadora modestia me hubiese impedido hacer el elogio que, en mi sentir y en el de todos sus colegas en este campo, merece. Yo tenía, sin embargo, su autorización y su estímulo para escribir un libro sobre este tema; espero que sea un digno tributo a su memoria.

Los lectores familiarizados con el griego e incluso algunos otros que no lo estén, pueden sentirse inclinados a profundizar en el tema. No les he dado aquí la acostumbrada guía para más amplias lecturas por dos razones: primera, porque ya he aludido al escalón inmediato —puede leerse

*Documents in Mycenaean Greek*, que contiene una amplia bibliografía, hasta 1955. En segundo lugar, me parece imposible seleccionar del conjunto de la literatura actual sobre el tema un número suficiente de artículos, especialmente en inglés, que no sean o bien breves resúmenes de lo que ya se dice en este libro, o bien estudios de carácter técnico sobre puntos abstrusos. Los estudios de carácter más general requieren un grado de madurez que el tema no ha alcanzado todavía. Quienes deseen familiarizarse con el enorme volumen de artículos publicados encontrarán un índice para ello en *Studies in Mycenaean Inscriptions and Dialect*, comenzado por Ventris en 1955 y continuado por L. R. Palmer y por mí, y publicado por el Instituto de Estudios Clásicos de la Universidad de Londres. Otra buena bibliografía que abarca todos los aspectos del mundo micénico es la de Miss B. Moon, *Mycenaean Civilization*, Publications since 1935 (Londres, 1957, publicada por el mismo Instituto)<sup>[\*]</sup>.

Unas palabras a mis colegas profesionales: este libro no es para ellos, aunque espero que su lectura les sea grata. He intentado resumir la historia del desciframiento tal como yo la veo, y he omitido deliberadamente muchas cosas que considero pertinentes, muchas cosas que merecen tener un lugar en una historia autorizada. Espero que nadie me censurará por dejar de mencionar la contribución de X o la teoría de Y; algunas partes del libro son ya bastante difíciles para el lector y no he querido aumentar su dificultad. El capítulo 7, aunque basado en el capítulo 5 de *Documents*, es una selección hecha por mí de las numerosas opiniones sobre la vida micénica expuestas en estos últimos años; era imposible evitar algunos temas polémicos, y las opiniones expresadas son de mi exclusiva responsabilidad. Pero yo he trabajado en gran medida sobre las publicaciones de otros investigadores y me gustaría aprovechar esta oportunidad

para reconocer mi deuda con todos aquellos cuyos trabajos he utilizado, mencione o no sus nombres.

Quiero expresar mi reconocimiento a los muchos amigos y colegas que han contribuido, con la crítica y el consejo, especialmente a Mr. O. Cox, al Dr. A. P. Trewick y al Profesor T. B. L. Webster; y a los funcionarios y al personal de la Cambridge University Press, que han dedicado al libro mucho tiempo y cuidado. Asimismo estoy muy agradecido a la dirección de la editorial por haberse encargado de la publicación y por permitirme utilizar figuras y láminas preparadas para Documents.

Debo especial gratitud a Mrs. Ventris, que no sólo me ha permitido consultar los documentos de su marido, sino que me ha prestado además su valiosa ayuda y me ha alentado en todo momento.

J. C.

Cambridge, diciembre de 1957.

## CAPÍTULO 1

### MICHAEL VENTRIS

La apetencia de descubrir secretos está profundamente arraigada en la naturaleza humana; el espíritu menos curioso se pone en marcha con la promesa de lograr el conocimiento de algo que permanece oculto a los demás. Algunas personas son lo bastante afortunadas para encontrar una ocupación que consista en la solución de enigmas, ya sea el físico que rastrea una partícula nuclear desconocida hasta entonces o el policía que descubre a un criminal. Pero la mayoría de nosotros nos vemos obligados a satisfacer esta apetencia resolviendo falsos enigmas inventados para nuestro entretenimiento. Las novelas policíacas y los crucigramas cumplen esta función para muchas personas. La resolución de claves secretas suele ser afición de muy pocos. Esta es la historia de la aclaración de un verdadero misterio que ha desconcertado a los expertos durante medio siglo.

En 1936, un estudiante de catorce años formaba parte de un grupo que visitó en Londres Burlington House para ver una exposición organizada con motivo de la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la Escuela Británica de Arqueología en Atenas. Allí asistieron a una conferencia pronunciada por el gran maestro de la arqueología griega, *Sir Arthur Evans*, que les habló de su descubrimiento de

una civilización olvidada en la isla de Creta, y de la misteriosa escritura que utilizaba este fabuloso pueblo prehistórico. En aquel día se plantó una semilla que iba a fructificar dieciséis años más tarde; porque este muchacho estaba ya vivamente interesado en las escrituras y lenguas antiguas. A la edad de siete años había comprado y estudiado un libro alemán sobre los jeroglíficos egipcios. Allí mismo y desde entonces se prometió aceptar el desafío de la indescifrada escritura cretense; empezó a leer los libros que existían sobre ello e incluso inició una correspondencia con los expertos. Y al cabo de los años triunfó donde ellos habían fracasado. Su nombre era Michael Ventris.

Como este libro es en gran parte la historia de su obra, no será inoportuno comenzar con una breve noticia biográfica. Michael Ventris nació el día 12 de julio de 1922, en una familia inglesa acomodada, que procedía originariamente de Cambridgeshire. Su padre era oficial del ejército en la India, su madre una señora de origen polaco, bella y de gran talento; ella le educó en una atmósfera artística y le habituó a pasar sus vacaciones en el extranjero o visitando el Museo Británico. Su instrucción fue también poco convencional; asistió a la escuela primaria en Gstaad (Suiza), donde recibía clases en francés y alemán. No contento con esto, dominó rápidamente el dialecto suizo-alemán local — cuyo conocimiento le sirvió más tarde de acercamiento a los eruditos suizos que conoció— e incluso aprendió el polaco cuando tenía seis años. Su interés por las lenguas creció con él; unas cuantas semanas en Suecia, después de la guerra, le bastaron para adquirir amplios conocimientos del idioma y conseguir un empleo transitorio. Con posterioridad mantuvo correspondencia con eruditos suecos en su propia lengua. Ventris poseía no solamente una notable memoria visual, sino también algo que raras veces aparece combinado con ella, la habilidad para aprender un idioma de oído.

De regreso a Inglaterra ganó una beca en la Stowe School, donde, según me dijo en una ocasión, con su modestia característica, hizo «un poquito de griego». Pudiera pensarse que su preocupación por cosas poco corrientes le haría difícil encajar en la rutina normal de una escuela; pero parece que se situó muy bien, aunque nadie entonces hubiese profetizado que su afición le haría famoso. No siguió sus estudios en la Universidad; había decidido ser arquitecto y fue directamente a la Architectural Association School de Londres. La guerra interrumpió sus estudios y se enroló en la R.A.F., volando como oficial de vuelo en una escuadrilla de bombarderos. Eligió la navegación porque la consideraba «mucho más interesante que volar simplemente», y en una ocasión horrorizó al capitán de su aparato dirigiendo el vuelo únicamente con mapas hechos por él mismo.

Después de la guerra continuó sus estudios de arquitectura y obtuvo su diploma con la máxima calificación en 1948. Quienes conocieron sus trabajos de estudiante quedaron muy bien impresionados y le auguraron un brillante porvenir de arquitecto. Ventris trabajó durante algún tiempo con un equipo en el Ministerio de Educación, ocupándose en proyectar nuevas escuelas; y él y su esposa, también arquitecto, trazaron los planos de una bonita casa moderna para ellos y sus dos hijos. En 1956 le fue concedida la primera pensión de estudio del *Architect's Journal*. Su tema era «Información para el arquitecto».

Pudo muy bien haber llegado a ser una de las principales figuras en su profesión, pero no era éste el camino que le llevaría a la fama. Su interés por las escrituras minoicas no había disminuido y con una rara concentración dedicó muchos de sus ratos de ocio a minuciosos estudios de ese oscuro problema. En 1952 declaró haber hallado la clave para su comprensión, declaración que se ha visto confirmada plenamente durante los últimos cinco años. Los honores por él recibidos incluyen la Orden del Imperio Británico «por servicios a la paleografía micénica», el título de «hono-

rary research associate» del University College de Londres y el doctorado *honoris causa* en Filosofía por la Universidad de Upsala. Todos estos honores no eran sino una anticipación de los que con toda seguridad se le hubiesen tributado después.

«Los amados de los dioses mueren jóvenes», dice el poeta griego Menandro; pero nunca hubiéramos imaginado que la vida de un hombre que había dado tantas muestras de genio y prometía mucho más, se vería interrumpida en el momento mismo del triunfo. El día 6 de septiembre de 1956, cuando Ventris regresaba solo a su casa, de noche, por la gran carretera del Norte, cerca de Hatfield, su automóvil chocó con un camión y él murió instantáneamente.

Resulta difícil para mí, que tuve el privilegio de ser su amigo y trabajar en estrecha colaboración con él durante más de cuatro años, encontrar palabras para definirle. Sé muy bien que él rechazaría cualquier alabanza exagerada; sin embargo, era una persona a quien sólo convenían los superlativos. Su hallazgo es testimonio de su clara inteligencia, pero yo no puedo hacer justicia debidamente a su simpatía personal, su alegría y su modestia. Desde el primer momento llevó adelante sus tesis con la debida precaución y vacilaciones, señal prometedora para quienes tenían la experiencia repetida de las seguridades de anteriores descifradores. Pero incluso cuando ya su éxito era seguro, cuando todo el mundo le colmaba de elogios, él siguió siendo sencillo y modesto, siempre dispuesto a escuchar, a prestar su ayuda y a comprender.

Si nos preguntamos cuáles eran las cualidades que hicieron posible su realización, podemos señalar su capacidad para soportar la fatiga, sus facultades de concentración, su minuciosa precisión, su maestría en el dibujo. Todas estas cualidades eran necesarias, pero poseía muchas otras que son difíciles de definir. Su cerebro trabajaba con una rapidez asombrosa, de tal manera que podía conside-

rar todas las implicaciones de una sugerencia que se le hiciera apenas formulada. Poseía una aguda apreciación de la realidad de una situación; los habitantes de Micenas no eran para él vagas abstracciones, sino gentes vivas en cuyos pensamientos podía penetrar. El mismo acentuó la importancia de la vía visual para el acceso al problema; se familiarizó de tal modo con la apariencia de los textos, que tenía grabados en su mente largos pasajes, simplemente como muestras visuales, mucho antes de que su interpretación les diese sentido. Pero no era suficiente una memoria meramente fotográfica, y aquí vino en su ayuda su preparación profesional de arquitecto. La mirada del arquitecto ve en un edificio no una simple fachada, un conjunto de características ornamentales y estructurales; va más allá de las apariencias y distingue las partes significativas, los elementos estructurales y la fábrica del edificio. Así también Ventris era capaz de discernir, entre la desconcertante variedad de signos misteriosos, unas pautas y unas regularidades que descubrían la estructura subyacente. Es esta cualidad, la capacidad para apreciar el orden en la aparente confusión, la que ha caracterizado la obra de todo gran hombre.

## CAPÍTULO 2

### LAS ESCRITURAS MINOICAS

El año 776 (a. de C.) presenció los primeros Juegos Olímpicos, festival que celebraban los griegos en el recinto de Zeus, en Olimpia, al noroeste del Peloponeso. Es dudoso que fuese realmente el primero de estos festivales, pero fue considerado como tal por los griegos posteriores cuyas crónicas se remontan a aquella fecha. Es una fecha significativa en la historia de Grecia, porque marca y simboliza la adopción por los griegos del alfabeto fenicio, del cual descienden en lo esencial todos los demás alfabetos. Desde el siglo VII (a. de Cristo) los griegos fueron un pueblo ilustrado, capaz de registrar su propia historia. Así, pues, en sentido estricto puede decirse que la historia griega comienza entonces, y lo que queda detrás de esa fecha puede llamarse prehistoria. Pero el comienzo de la historia griega se fija en el año 776 (a. de C.), como se sitúa el comienzo de la historia británica en el año 1066. Mucho antes habían vivido, luchado y muerto entre las montañas y las islas de Grecia hombres y mujeres, y según la prueba que puede aplicárseles adecuadamente, la de la lengua, eran tan griegos como sus sucesores.

Hay tres caminos para penetrar la niebla que oscurece los primitivos estadios de desarrollo de los griegos; nin-

guno de ellos es satisfactorio y no ofrecen sino retazos de información, pero permiten, mediante una ponderada síntesis, algunas conclusiones generales.

En primer lugar están las personas y acontecimientos cuyo recuerdo sobrevivió hasta una época en que se conocía la escritura. Los griegos del período clásico tenían muchas leyendas de un pasado remoto, de una edad heroica en la que los hombres llevaban a cabo grandes hazañas y los dioses estaban siempre junto a ellos para ayudarles; muchos de los héroes eran hijos de dioses o de diosas. Dos notables acontecimientos se recuerdan en estas leyendas: la guerra contra Tebas en Beocia y la expedición contra Troya. Este último es mejor conocido, puesto que sirvió de base a las dos grandes obras maestras de la literatura griega, la *Ilíada* y la *Odisea*. Tradicionalmente atribuidas a Homero, ambas son largos poemas épicos que parecen haber adquirido su forma presente hacia fines del siglo VIII (a. de C.), de nuevo ese importante siglo en que la escritura introdujo cambios en muchos de los modos de vida griegos y también en la poesía.

Antes de Homero deben haber existido otros poetas, pero no nos ha llegado nada de sus obras, o así lo creemos. Sin embargo, la moderna investigación ha demostrado que Homero no era un artista brillante e imaginativo que crease sus poemas de un modo espontáneo. No sólo hizo uso de una leyenda ya existente; ahora sabemos que él era el último y el más grande de una larga línea de poetas que habían cantado la historia de Troya. Cantado, no escrito; porque el proceso de composición en los pueblos iletrados es totalmente diferente de lo que hoy conocemos. Para festejar a los huéspedes con el relato de hechos heroicos se llamaba al bardo, utilizando un vocablo celta para traducir el griego *aoidós*, «cantor», «rapsoda», y éste recitaba su leyenda usando de abundantes metáforas, fórmulas conocidas y epítetos, pero improvisando en cada ocasión sobre un tema básico. Así podemos suponer que las leyen-

das de que Homero se sirvió, incluso en sus menores detalles, habían sido transmitidas desde una época primitiva. Es evidente la imposibilidad de reconstruir la historia real a partir de tales materiales. Las leyendas que conocemos a través de Homero son numerosas, pero contradictorias, y es inútil tratar de entresacar las escasas partículas de verdad que probablemente contienen. Gran parte del relato homérico se debe también sin duda a la imaginación de los poetas. Pero supone un importante punto de referencia para un período de la prehistoria griega en que el país estaba organizado en fuertes reinos centrados en torno a Micenas, si bien en una época ya histórica ésta no era sino una pequeña aldea.

Pero Micenas era suficientemente real para persuadir a un hombre de negocios alemán del siglo XIX, de espíritu romántico, Heinrich Schliemann, a retirarse de sus negocios y consagrar su tiempo y su fortuna a la búsqueda de un testimonio tangible de aquella época olvidada. Así se forjó el segundo instrumento para conocer la prehistoria griega, la arqueología. La excavación para buscar un tesoro enterrado se iba ya elevando a una rudimentaria ciencia, y la finalidad no era ya el simple descubrimiento de objetos raros o preciosos. Con la fe y entusiasmo del aficionado, Schliemann, con Homero en la mano, se dispuso a sacar a luz las murallas de Troya construidas por los dioses.

No es éste lugar adecuado para seguir detalladamente su carrera, pero sí hemos de detenernos un momento para recordar su trascendental excavación de 1876 cuando encontró el famoso círculo de sepulturas en Micenas. Porque fue la revelación de la riqueza y el talento artístico de la civilización que él desenterró lo que convenció a los eruditos de la verdad sustancial que había detrás de las leyendas. «Micenas, rica en oro», cantó Homero, y el oro salía de las sepulturas en cantidades tales como para asustar al propio Schliemann. La serie de hechos que ahora pueden esquematizarse llevó muchos años de paciente trabajo a los suce-

sores de Schliemann. La arqueología prehelénica, como se la ha llamado hasta hace poco, distingue tres fases en la Edad del Bronce en Grecia: Bronce antiguo, aproximadamente desde el año 2800 al 1900 (a. de C.); Bronce medio, 1900-1600 (a. de C.); Bronce reciente, 1600-1100 (a. de C.). El máximo esplendor de la civilización se produjo primeramente en Creta, durante el período medio, y acabó con una violenta destrucción alrededor del año 1400 (a. de C.). En la Grecia continental tuvo lugar más tarde, comenzando con el período reciente y alargándose hasta el siglo XIII (a. de C.) en que todos los centros importantes de Grecia fueron saqueados, uno tras otro, y quedaron en ruinas. Este último período recibe el nombre de micénico, por el lugar donde se realizaron las primeras excavaciones y el nombre de su centro principal, Micenas.

Entre los muchos eruditos que estuvieron en Atenas en 1890 para examinar los tesoros de Schliemann había un inglés llamado Arthur Evans. Su apreciación del alto nivel de civilización alcanzado por los habitantes de Micenas le llevó a reflexionar sobre la estructura económica de un reino suficientemente rico para producir tales monumentos. Micenas no poseía riqueza natural, no existían minas de oro ni plata ni cualquier otro producto susceptible de exportación. No obstante, la elaboración de sus productos implicaba una clara especialización y ésta, a su vez, un sistema económico en el cual los trabajadores especializados dispusieran de medios de subsistencia. ¿No requería todo esto un sistema de escritura que sirviese por lo menos para la contabilidad de la secretaría de palacio? Por ésta y otras razones semejantes, Evans pensó que los habitantes de Micenas tuvieron que saber escribir; pero no se había encontrado inscripción alguna en sus sepulturas y palacios y se aceptaba generalmente que el alfabeto griego procedía de Fenicia y había sido adoptado doscientos o trescientos años después de la caída de Micenas.